

CAPITULO VIII

La familia de una vírgen cristiana.

GLORIAS DE LA VIRGINIDAD CRISTIANA.

Cuando una jóven en el mundo contrae matrimonio, entra desde luego en una nueva familia, y los padres y amigos de su esposo vienen á serlo tambien suyos.

Lo mismo sucede en los divinos desposorios del alma con Jesucristo, y así, ¡oh cuán noble es vuestra familia, vírgen cristiana, y qué cosa tan gloriosa el hacerse miembro de ella! El tener á Jesús por Esposo, á Dios por Padre, á María por Madre, á Señor San José por protector, á las vírgenes por hermanas, y á los Angeles por hermanos; tales son los títulos y como los florones que vienen á adornar vuestra corona.

1º—*El tener á Jesucristo por Esposo.*

Si las esposas de la tierra se glorían de tener un esposo cuya fama se estiende muy léjos, que sea elevado en poder y en dignidad, y que posea inmensas riquezas; ¡qué gloria será la vuestra, oh vírgen cristiana, al tener por esposo al Rey de los Angeles, al dueño de todo el universo, al soberano dominador cuyo reino no tiene fin, y cuyas ri-

quezas son infinitas, y no se agotan jamás á pesar de la admirable profusión con que las derrama sobre todos!

¡Oh vírgen cristiana! exclama San Gerónimo; á vos os es permitido tener por élllo un santo orgullo: Sabed que no sois inferior á ninguna de las mugeres del mundo y que antes la superais á todas. (1)

Teneis el derecho de repetir confiadamente las palabras que la vírgen Isabel de Francia pronunciaba al rehusar la mano del Emperador Federico: Una esposa de Jesucristo es más que una Emperatriz.

2º—*El ser hija de Dios.*

Una esposa considera al padre de su esposo como á su propio padre, y la vírgen cristiana al llegar á ser la esposa de Jesucristo se hace por lo mismo hija por alianza del Padre eterno que engendra de toda la eternidad á Jesús su divino Hijo. Y qué cosa mas bella, que una alma que es llamada hija de Dios? (2)

Ningun padre de la tierra puede serle comparable, pues si elegís al mas poderoso que encontréis, pedidle solamente que os crié una florecilla, y se confesará vencido; pues bien: vuestro Padre celestial hace brillar millares de flores todos los

(1) San Gerónimo, Epístola á Eustoquio.

(2) San Gerónimo, carta á Furia.

días en nuestros campos: es quien ha depositado en el seno de la tierra, el oro, el diamante y mil riquezas: considerad los verdes campos, las montañas magestuosas, el mar tan imponente; pues todo es obra suya: elevad vuestras miradas hacia la bóveda de los cielos, ved los millares de astros que en él giran: El es quien los ha sembrado en el espacio como el labrador siembra el grano en las campiñas: El es quien envía al rayo, y le obedece, y á su vuelta le dice: Heme aquí..... El es quien, con sabiduría infinita, gobierna todas las cosas, todo lo prevee, todo lo dirige desde el astro en su imponente marcha hasta el insecto en su menudo vuelo: El es quien en su bondad paternal nos colma con prodigalidad de toda suerte de bienes, y quien ha hecho de esta tierra un magnífico palacio, en el cual encontramos sorprendentes maravillas.

3º—*El ser hija de María.*

Cuando una madre ha hallado una esposa para su hijo, la considera desde entonces como su propia hija, y como á verdadera hija la trata y la regala.

¡Oh vosotras que llegais á ser esposas de Jesucristo, por el mismo hecho llegais á ser también hijas de María, puesto que es la Madre de Jesús vuestro Esposo! Oh! sí, Ella es vuestra Madre, soberanamente bella, inmaculada y colmada de todos los dones del cielo; y si buscáis por toda la

tierra, nunca encontrareis ninguna que la iguale en belleza, en virtud, en ternura y en gloria, pues ella sola es juntamente Virgen y Madre, solo ella puede llamar á Dios su Hijo, y los Angeles le sirven como á su soberana, como que es la Reina del cielo y de la tierra.

4º—*El tener á Señor San José por protector.*

Entre los miembros de vuestra nueva familia, contais con gozo al castísimo Patriarca Señor San José: el que ha llevado á Jesús con amor en sus brazos, el que ha protegido su infancia, y con un trabajo penoso y perseverante ha provisto á todas sus necesidades. Si Jesús le daba el dulce nombre de padre: ¿no debereis vos también llamarle con este nombre tan dulce?

5º—*El tener á las vírgenes por hermanas.*

¡Qué gloria es la vuestra, al tener por hermanas á esas puras criaturas que son uno de los mas bellos ornamentos del paraíso! Las Vírgenes son la mejor parte del rebaño de Cristo y las delicias del Cordero sin mancha. (1) Las Vírgenes son la alegría de Cristo, (2) el honor y el ornamento de la Iglesia; la obra maestra de la gracia. Si la Iglesia es un tesoro lleno de riquezas espirituales, las

(1) El antiguo breviario de Limoges.

(2) San Gerónimo, *Epistola á Laeba.*

vírgenes son sus diamantes, y si es un cielo adornado de estrellas, las vírgenes son su sol. (1)

6°—*El tener á los Angeles por hermanos.*

Los Angeles son unos espíritus puros, dotados de grande belleza, y muy superiores á los hombres; mas entre las criaturas humanas las que se acercan mas á estos celestiales espíritus, son las vírgenes, que según San Gerónimo, *llevan en un cuerpo mortal la vida de los Angeles* y viven como ellos lejos de los placeres de los sentidos.

Oh! cuán glorioso es el poder llamarse hermana de esos puros Espíritus! Santa Teresa, que tenía el privilegio de gozar á menudo de su presencia, dice que eso era una verdadera dicha para ella: sobre todo un día vió á su izquierda un Angel en pié, y creyó que era de los Querubines: era muy bello, dice, y tenía el rostro encendido como llama. En la vida de los santos se habla muy á menudo de Angeles deslumbrantes de luz, de ángeles brillantes con mil fuegos, y de ángeles centellando de gloria.

Pero si la belleza de los ángeles excita vuestra admiración, su tierna bondad con respecto á las vírgenes debe atraerles toda vuestra confianza, pues ellos os tienen un verdadero amor fraternal, y están sin cesar atentos á las necesidades y á los peligros de sus hermanas en la tierra, para socor-

(1) Doctores de la Iglesia.

rerlas y protegerlas. Así, los ángeles ven á Santa Inés amenazada por el hijo del Prefecto y se lanzan cerca de ella para defenderla y hieren de muerte al temerario. Santa Rosalía huye de la casa paterna para guardar el tesoro de su virginidad, y los ángeles acuden á escoltarla; cuando está sola en su caverna solitaria, la visitan, y le llevan flores cortadas del paraíso, y cuando está para dejar la tierra, alegran sus últimos momentos con sus conciertos celestiales. La vírgen Teófila se mira espuesta en las manos de los malvados y entonces aparecen los ángeles á su lado cegando á los libertinos que querían acercársele, y por la tarde la conducen en medio del pueblo fiel; Santa Catalina de Sena, debilitada por un largo ayuno, se habia extraviado una vez en un bosque, y los ángeles la llevan hasta las puertas de Sena; (1) Santa Ildegonda es atacada por los demonios en el momento de su muerte, y los ángeles la defienden poniendo en fuga á sus furiosos enemigos. (2) Santa Catalina de Alejandría, pide durante su martirio que despues de su muerte, no se vea abandonado su cuerpo en manos de los verdugos; y cuando hubo espirado, los ángeles se llegan á levantar su cuerpo y á transportarlo á las montañas del Sinai para librarla de la persecución. (3)

(1) Vida de Santa Catalina de Sena por la condesa de Flavigny.

(2) Vida de los Santos, por el P. Croisset.

(3) Vida de los Santos, Abbé Darras.

Los cuerpos de Santa Rufina y de Santa Segunda son arrojados al Tiber, y los ángeles vienen á sacarlos de sus corrientes; Santa Agueda recibe la muerte de sus perseguidores, y los ángeles le erigen un sepulcro de mármol. (1)

Oh! virgen cristiana, ¿podránse encontrar en alguna parte otros hermanos mas tiernos, mas delicados y sinceros? Amadlos pues, y especialmente al que vela sin cesar á vuestro lado; ¡si supierais cuánto os respeta desde que habeis venido á ser esposa del Señor Jesús! Saludadlo á menudo con afecto, y estad segura de que os protegerá siempre y os servirá con celo infatigable.

CAPITULO IX

Cómo la Virginidad es el triunfo de la fé.

Dícese en los Libros Santos: que *El justo vive de la fé*, y con más razón puede decirse que vive de la fé la virgen cristiana.

Una madre cristiana se sacrifica por sus hijos y por su marido, muy cierto és; pero este sacrificio, preciso es confesarlo, es al mismo tiempo un deber y una delicia, puesto que en él encuentra la mas dulce indemnización; vela, es verdad, cerca de la cuna de su hijo, prodigándole los mas tiernos cuidados; pero este hijo le sonrie, tiende hacia ella sus manecitas, le dice mil veces su nom-

(1) Vida de los Santos, Croisset.

bre, la abraza con amor; y estas dulces caricias la hacen olvidar bien pronto las fatigas y solicitudes maternales; colma á su esposo de delicadas atenciones, y ninguna pena excusa con tal de complacerle; pero tiene al menos el placer de estrechar su mano entre la suya en señal de satisfacción, y algunas buenas palabras, ó una mirada de ternura la recompensan de su abnegación y su cariño. Mas no sucede lo mismo con la virgen cristiana; pues viviendo para un Esposo cuya voz jamás ha oido, y cuyo semblante ni una sola vez ha contemplado, solo la fé la sostiene, la fé la alumbraba y la conduce.

¡Oh santa Virginidad! oh triunfo de la fé! oh martirio de un corazón que no mira jamás á Aquel á quien ama! cuán meritoria sois y cuan agradable á los ojos del Señor!

Al llegar la noche, la virgen cristiana reflexiona en el día que ha transcurrido, y tiene la satisfacción de que su corazón no ha latido mas que para Cristo su Esposo; cuando llena de pena y fatiga por los trabajos que se ha impuesto por su gloria, se pone á pensar en las luchas y combates que ha sostenido generosamente, para conservar á su Amado un corazón puro y fiel; entonces no recibe señal alguna sensible de ternura de parte de Aquel á quien solamente ama. ¿Qué hará pues? dejará al desaliento y al fastidio que invadan su corazón?..... Oh! nó, ciertamente! la virgen cristiana sabe muy bien que su celestial Esposo, todo lo ha visto, todo lo ha notado, y que

recompensará con el céntuplo su abnegación; por eso en el ardor de su fé, llega á exclamar: Oh Amado mío, no os mostreis á mis ojos, no hagais resonar vuestra dulce voz á mis oídos, no me hagais sentir vuestras castas caricias, ni me mostreis vuestra sonrisa; pues el gozo que yo sintiera con ello, sería tan vivo, que no tendría mérito alguno ya en serviros! Oh mi celestial Esposo! escondéos á vuestra indigna esposa mientras vive aquí en la tierra; pero aumentad su fé, dadle una fé perfecta, una fé que le haga amar lo invisible como si lo viese con sus propios ojos, una fé fecunda para vuestra gloria y para la salvación de sus hermanos!

Cosa es muy cierta, que algunas vírgenes han sido favorecidas desde esta vida con la presencia sensible de Nuestro Señor Jesucristo, quien ha querido darles una tierna prueba del amor que tiene á sus esposas, y traicionado por su ternura, ha descornado algunas veces el velo que le oculta, y se ha dejado ver de sus ojos maravillados.

Santa Catalina de Sena era una de las que gozaban de la compañía de su Amado Esposo, pues Jesús se le aparecía á menudo, permaneciendo con ella largo tiempo, y hablándola como un amigo á su íntimo amigo: recitaba los salmos en su compañía, paseándose en el cuarto con ella como dos religiosos que rezan juntos su oficio. (1)

Santa Teresa gozó también por espacio de dos

(1) Vida de Santa Catalina por su confesor.

años y medio, de la dulce visión de Jesucristo, mirándole estar á su lado derecho. "Cuando me hablaba, dice, contemplaba su belleza soberana, y las palabras que profería su boca divina, tenían una dulzura infinita. Muchas veces eché de ver que me miraba con ternura, pero esa mirada tiene tanta fuerza, que mi alma no la puede sostener, sale de sí y entra en un fuerte arrobamiento. (1)

Otra vez, pasando la misma santa por un corredor de su convento, encontró á un hermoso niño, á quien le preguntó: Niño, cómo te llamas? y tú cómo? replicó el Niño.—Yo me llamo Teresa de Jesús, dijo la vírgen.—Pues yo me llamo Jesús de Teresa"... Y desapareció.

La venerable Madre Ana de San Agustín, amiga de Santa Teresa, á quien Jesús se dignó aparecer varias veces; un día que cogía flores en el jardín, el Niño Dios se le acercó y pidióle una flor. "Escoged la que mas os agrade, dijo la vírgen.—Nó; yo quiero recibirla de tu mano, respondió el Niño. Entonces Ana le presenta una flor que recibe sonriendo. Y la monja abrazada de amor, exclama: No sois vos mi Dios?—Sí, yo soy, responde el Niño: y cuando corría á cortarle otras flores, desapareció de su presencia. Otra roche estaba curando las llagas de un pobre enfermo y teniendo una vela en la mano, repentinamente siente que se la quitan, y mirando quién

(1) Vida de Santa Teresa por ella misma.

sea, reconoce á Jesucristo que se digna tenerla hasta que terminó este oficio de caridad; y en seguida desaparece, dirigiéndole una mirada de reconocimiento. Otro día que estaba lavando á un pobre los pies, al estar arrodillada delante de él escuchó esta palabra: "Mírame". Al punto levanta los ojos y mira á Jesucristo cerca de la cabeza del pobre, y el amable Esposo, dándole las gracias por los cuidados que se tomaba con aquel desgraciado, levanta su mano divina y la bendice con ternura. (1)

Oh vírgen cristiana! ¿no sentís palpar vuestro pecho de amor al leer esta tierna relación? Mas si no se os han concedido estos favores, no os aflijais por eso, ni los deseéis, antes regocijaos y dadle gracias á Jesucristo por habéros las rehusado: acordaos de aquellas palabras del Amado al Apóstol incrédulo: "*Tomás, porque viste, creíste. Bienaventurados los que no vieron y creyeron.*" (2) Bien se puede decir con verdad: Bienaventuradas las vírgenes que no han visto jamás á su celestial Esposo, y que sin embargo han creído en Él y le han servido con fidelidad, porque su mérito es grande aquí en la tierra y su recompensa será inmensa en el cielo.

Oh! yo creo en la recompensa y en las dulces realidades de la patria!

(1) Noticia sobre la venerable Madre de S. Agustín. Vida de Santa Teresa por ella misma, T. II.

(2) Joan. XX, 29.

Creo que al salir mi alma de este mundo, Jesucristo se me mostrará cara á cara!

Creo que entonces me dejará oír su dulce voz y me revelará los secretos de su ternura!

Creo que entonces hará reposar sobre su Corazón sagrado el pobre corazón mío, que por Él solo palpitó aquí en la tierra!

Creo que Jesús me arrobará en sus castos abrazos por toda la eternidad! Así sea.

CAPITULO X

La virginidad y el triunfo de la esperanza.

La esperanza, ha dicho San Agustín, es el amor en espera..... Contemplad á Jacob en la casa de Labán, sirviendo por siete años en medio de las fatigas de un incesante trabajo, y todos estos años le parecieron días, dice la Escritura, porque esperaba á Raquel en recompensa. He aquí la imágen de la vírgen cristiana, aceptando las penas de la vida; privándose de los placeres y de las satisfacciones de la tierra, y sonriendo en medio de las luchas y de los combates, porque está aguardando á Jesús por recompensa.

Su esperanza es Cristo, pero "Cristo es un Esposo ausente; y aunque está vivo, sin embargo parece como muerto para sus esposas, dejándolas en una viudedad que solo terminará con la vida," (1)

(1) Bossuet.